

» en los mares y en las selvas, se inclina ante Roma! Si este
 » poder no viene de Dios ni de los hombres, ¿luego lo habrá
 » usurpado el pontificado, luego lo habrá robado Roma? ¿Y eso
 » cuándo? Dínoslo, dínoslo. Luego si este poder es antiguo, si
 » se esconde en las nubes del tiempo, entonces debes saber
 » que está establecido por las leyes humanas que toda pose-
 » sion cuyo origen y principio no puede fijar memoria de hom-
 » bre, es por ello legítima; y que por unánime consentimiento
 » de los pueblos, está prohibido tocar á lo que el tiempo ha
 » hecho inmutable. » Lutero habia sostenido en su *Cautividad
 de Babilonia* que las palabras de Cristo: « Todo cuanto ligáreis
 » en la tierra, será ligado en el cielo, etc., etc., » se dirigian,
 no á los Apóstoles, representados de edad en edad por sus suce-
 sores, sino á la comunidad de los fieles en general; á todo el
 que habia recibido el santo bautismo, hombre ó mujer; creando
 así un sacerdocio que recibia hasta el mismo niño desde que
 abria los ojos á la luz. Hé aquí cómo le replica Enrique VIII:
 « Lutero dice que las palabras de la institucion de la penitencia
 » se aplican á los legos y á los sacerdotes; y Beda dice que no:
 » ¿á quién hemos de creer? » Lutero habia negado el sacra-
 mento de la Confirmacion, porque decia que no hallaba su ins-
 titucion en la sagrada Escritura. « Pero, le responde Enri-
 » que VIII, si no tuvieras sino el Evangelio de san Juan, ¿nega-
 » rias la Eucaristía porque san Juan no habla de la institucion
 » de este sacramento? Sin la tradicion tú no pudieras saber
 » que hay Evangelios. Si la Iglesia no nos hubiera enseñado
 » la autenticidad del Evangelio de san Juan, ¿cómo la hubié-
 » ramos podido saber? ¿Porqué, pues, no crees tú á la Iglesia
 » cuando te dice: *Hé ahí lo que ha hecho Cristo; hé ahí los
 sacramentos que ha instituido; hé ahí lo que los Apóstoles nos
 han transmitido*; al modo que tú crees en ella cuando te
 » dice: Hé ahí lo que han escrito san Marcos ó san Mateo? »
 La conclusion de la obra corresponde á la sólida y poderosa
 argumentacion del cuerpo del libro. « En adelante, ¿á qué
 » bueno, dice el real apologista, una controversia con Lutero,
 » que no sigue el parecer de nadie, que ni aun se entiende á sí

» mismo, que niega ahora lo que poco antes afirmaba, y que
 » afirma lo que poco há negaba? Si os armáis con la fe para
 » combatirle, os opone la razon; si apelais al socorro de la
 » razon, se precipita en la fe: si citais filósofos, apela á la Escri-
 » tura; si invocais los sagrados Libros, se aturulla y embrolla
 » en sus sofismas de escuela. Escritor desvergonzado que piso-
 » tea toda ley de honor y delicadeza, que menosprecia nuestros
 » doctores, y que desde lo alto de su hinchazon se rie de las
 » brillantes lumbreras de nuestra Iglesia; que persigue con
 » sus insultos la majestad de nuestros pontífices, que ultraja la
 » tradicion, los dogmas, las costumbres, los cánones, la fe, á
 » la Iglesia misma. » El libro de Enrique VIII, presentado á
 Leon X por los embajadores ingleses, fué acogido por él con
 el mayor transporte y dió al monarca en una bula especial el
 título oficial de *Defensor fidei*. Enrique VIII recibió las felici-
 taciones de todos los doctores católicos: de la Alemania, Ita-
 lia, Francia, España, Países Bajos, todos, todos le enviaron
 á porfía sus elogios y congratulaciones. Este concierto apro-
 bador sofocó la voz de Lutero, que trató vanamente de respon-
 der con un torrente de injurias á la obra magistral de Enri-
 que VIII. « Que un rey de Inglaterra haya escrito contra mí,
 » dice, ¿qué tiene de extraño? El papa, señor, como pretende
 » serlo, de los reyes, de los príncipes, de las escuelas, de las
 » iglesias, ¿no ha tomado tambien la pluma para atacarme?
 » ¿Y qué me importa? del cielo he recibido, por la gracia de
 » Dios, mi doctrina: del cielo, y del que, con solo su dedo
 » meñique, es mas poderoso que mil papas, que mil reyes,
 » que mil príncipes, que mil doctores. Ahora, si yo trato dura-
 » mente á Enrique VIII, échese á sí propio la culpa. Si un rey
 » de Inglaterra me escupe en la cara sus mentiras imperti-
 » nentes, bien tengo yo derecho, á mi vez, de hacerlas entrar
 » en el gaznate: si mancha con su veneno la corona de mi
 » rey y de mi Cristo, ¿porqué se ha de extrañar el que su
 » diadema sea mancillada, y que yo exclame por los tejados: El
 » rey de Inglaterra es un embustero, un desvergonzado? Quiero
 » acabar redondamente con los papistas y responderles, diri-

» giéndome al rey de Inglaterra : Si la antigüedad, si la vejez
» hiciera el derecho, el demonio fuera lo mas justo que exis-
» tiria ni podría existir en el mundo, porque tiene ya mas de
» cinco mil años.

39. Tal era la actitud de Lutero, en el seno de la Europa católica, cuando se abrió en Wormes, año 1521, la dieta convocada por Carlos Quinto. Aleandro compareció como embajador del papa : no tardó en ser citado Lutero y recibió un salvoconducto imperial que garantizaba su seguridad personal, y salió de Wittemberg en los primeros días de abril. Los debates se abrieron con solemnidad entre el nuncio, los doctores católicos, Lutero y sus adherentes. La fe, tan indignamente ultrajada por el monje sajón, fué defendida vigorosamente. En presencia de aquella ilustre asamblea, las injurias de que tenía siempre Lutero un completo arsenal, no podían pasar por razones. Aleandro logró de Carlos Quinto que los libros del reformista wittenbergense fuesen quemados públicamente en todos sus Estados. Un edicto imperial prohibió severamente su lectura y comercio. Lutero conoció que no ganaba ni podía ganar nada ante un tribunal tan grave é ilustrado. Se salió precipitadamente de Wormes, y fingiendo temer por su seguridad personal se disfrazó de soldado de á caballo y se refugió en el castillo de Wartlurgo, bajo la proteccion del elector de Sajonia. El Wartburgo, caserío feudal, estaba situado como nido de águila en la cima de un monte aislado, « en la region » de los pájaros que cantan sobre los árboles y alaban al Señor » día y noche. » Lutero no temía allí el ojo de sus enemigos. En aquella *nueva Pathmos*, como él decía, tomó el nombre de Eclesiastes de Wittemberg : escribió las visiones de su exaltada imaginación y aguardó que le fueran favorables los acontecimientos. León X, despues de la dieta de Wormes, publicó segunda bula contra el novador. León X presentaba rápidamente la historia de la nueva herejía, y para poner remedio á los desórdenes que propagaba en Alemania, excomulgaba de nuevo á Lutero y á sus adherentes, lanzaba entredicho contra todos los lugares que les dieran asilo, y tomó enérgicas medidas

para abatir en su origen una doctrina que ya habia tomado proporciones espantosas. Pero todos estos rigores no bastaron para detener á Lutero en el camino de destruccion. Continuó con mayor audacia que antes á socavar todos los fundamentos del catolicismo, y debilitar los dogmas de la fe. Sus escritos, tanto mas fogosos cuanto que se creia en mayor seguridad, repetidos por todas las prensas, esparcidos por sus discípulos por los palacios y chozas, sublevaban las pasiones y preparaban nuevas borrascas. Un hombre, un literato muy popular entonces, Erasmo de Rotterdam, favoreció por su conducta equívoca los progresos del luteranismo. Apasionado por el estudio de los autores griegos y latinos, y hablando con extraordinaria pureza las lenguas de Virgilio y Homero, Erasmo se habia granjeado, como humanista y sabio en todos ramos, una nombradía universal. El elector de Sajonia, Federico, apremiado por Aleandro para abandonar el partido de Lutero, creyó deber tomar antes el parecer de Erasmo. Este, por mezquinas miras de interés personal, y temiendo ser hecho blanco de los luteranos, respondió al príncipe de un modo evasivo. Federico interpretó las palabras de Erasmo á su placer y continuó protegiendo á Lutero (1). La historia hará siempre á la memoria del humanista de Rotterdam el cargo de haber cohonestado, por su debilidad é indecision, los primeros adelantos del protestantismo. Mas tarde quiso reparar el escándalo y ensayar su pluma elegante y ciceroniana contra la fraseología brusca y la volcánica elocuencia de Lutero. Pero la partida no fué igual, y el doctor de Wittemberg abrumó fácilmente con su fulminante ironía las palabras armoniosas y comedidas de Erasmo. Solo quedó de este en aquella controversia una expresion feliz : « El protestantismo es una tragedia » que se desenlaza como las comedias ; todo acaba en ellas con » un casamiento. »

40. La soledad de Wartburgo exaltó el espíritu de Lutero : el ruido que iba haciendo por todas partes su doctrina volvía

(1) Monseñor Palma, *Prælectiones Historiæ ecclesiasticæ*, tom. III, pág. 207.

en ecos á exaltar mas su alma de suyo sobrado fogosa. La incitante polémica que sostenia contra los teólogos católicos, le precipitaba en nuevos errores, y cuando al fin tuvo que formular un sistema propio, halló que habia atacado sucesivamente casi todos los dogmas de la fe. El resumen de su doctrina es la completa abnegacion, ó poco menos, del catolicismo. Júzguese por el sumario siguiente: 1°. Lutero niega toda autoridad dogmática en la Iglesia: cada fiel es juez de la fe, no dependiendo sino de su conciencia y de la interpretacion individual de la sagrada Escritura. Esto fué aniquilar de un golpe la tradicion, los concilios, los santos Padres, el derecho canónico: sacrificar todo lo pasado para abrir á las generaciones futuras el mas vasto campo, la mas ilimitada libertad. Este error fundamental tenia que llevar al protestantismo á un caos de contradicciones y á todas las variaciones doctrinales que no han cesado de manifestarse en su seno. — 2°. Niega el sacerdocio católico, desecha el sacramento del Orden, y atribuye á cada fiel el ministerio sacerdotal. La Iglesia se convierte pues en una república cuyos miembros son todos jefes en un mismo grado. Es desmentir con la mayor audacia la historia de la Iglesia, cuyas páginas atestiguan el origen divino de la distincion entre el clero y los fieles. — 3°. Niega el primado del papa y la autoridad de la Santa Sede. Este error era corolario forzoso del anterior. A sus ojos el papa era el Antecristo, y Roma la Babilonia del Apocalipsis. — 4°. Niega el libre albedrío, y traspasando en esta materia cuantos errores habian enseñado el pelagianismo ó maniqueismo y semipelagianismo, dice que despues del pecado original todas las acciones, aun meritorias, son fatalmente otros tantos pecados. La fe en Jesucristo produce, y sola ella, la santificacion sin ninguna cooperacion de nuestra parte. Esto es proclamar el mas desenfrenado libertinaje, arruinar todos los principios de la moral, autorizar todos los desórdenes, desencadenar todas las pasiones. — 5°. Niega la eficacia de los sacramentos como medios de santificacion. Desde el momento en que no admitia el mérito de las buenas obras, eran inútiles los medios que Cristo ha establecido para

aumentar la gracia en nosotros y mantener las almas en la práctica de las virtudes. Solo conservaba tres sacramentos: la Penitencia, el Bautismo y la Eucaristía, en los cuales solo reconoce signos sensibles que nos excitan á la fe en los méritos de Jesucristo, pero sin conferir otra gracia á nuestras almas. 6°. Niega el origen divino de la Confesion sacramental, y reducía el sacramento de la Penitencia á la fe individual en la remision de los pecados por los méritos de Cristo. — 7°. Niega la transubstanciacion; reemplaza la *misa* por la *cena*, simple ceremonia en la cual las palabras de la Consagracion no operan en el pan ni en el vino sino una presencia figurada, destruyendo así el sacrificio eucarístico, centro y foco del culto católico. — 8°. Acaba en fin su obra de destruccion tratando de idolatría el culto de los santos y la veneracion de sus reliquias é imágenes que arrojaba de los templos luterianos. Las ceremonias religiosas no eran á sus ojos sino pompas de Satanás. Hasta entonces el sacerdocio católico habia conservado su dignidad, y se habia mantenido á la altura de su augusta mision á favor de la ley del celibato, tan atacado por los herejes y tan celosamente defendido por la Santa Sede y por toda la Iglesia. Lutero abolió el celibato, los votos de religion, las órdenes monásticas. Fué pues rompiendo sucesivamente todos los diques opuestos al torrente de las pasiones por la sabiduría divina. — Tal aparece en su conjunto la obra de destruccion á que consagró su vida: quedaron trastornadas todas las nociones teológicas, toda la disciplina de la Iglesia. Lutero reunía en una negacion casi universal todas las que las anteriores sectas habian contrapuesto á nuestros dogmas. Hablando con propiedad, no inventó un sistema de errores, sino que resumió todas las herejías pasadas en ese vasto *pandemonio* que se llama protestantismo.

41. El carácter de Lutero, esencialmente invasor y dominante, queria imponer á sus discípulos su autoridad personal, en tanto que en sus tesis contra el catolicismo proclamaba el principio de libertad é independencia absoluta del espíritu humano. Queria dirigir á su gusto la obra de destruccion de que

se había hecho cabeza. « Conferenciaba yo, dice, con los espíritus ritos infernales, en mi soledad de Wartburgo, sobre la abolición de la misa : » pero le sorprendió en su sabrosa conferencia la noticia de que su discípulo Carlostadio, sin esperar sus órdenes, dogmatizaba en Wittemberg, donde renovaba los furoros de los Iconoclastas, destruyendo imágenes, profanando altares, proscribiendo las ciencias y las letras como siendo medios de perdición. Lutero al saberlo fué apresuradamente á Wittemberg, y quiso poner silencio á Carlostadio, pero este se negó. Así iba tomando posesion del luteranismo la discordia en su mismo principio; y era natural que no se reconociese en el padre del protestantismo la infalibilidad que negaba al papa y á la Iglesia. Por todas partes estalló el movimiento de independencia que había promovido el mismo Lutero, y ya no era dueño de moderarlo ni dirigirlo : había desencadenado los vientos, y las borrascas salían debajo de sus mismos piés. Zuinglio, cura de Einsidlen, en la Suiza, se había hecho cabeza de partido. A ejemplo del monje sajón, se levantó contra las indulgencias; pero á mas de los errores de Lutero negaba el pecado original, y al dogma de la presencia real sustituía la presencia en sentido figurado. El odio al pontificado, á esta roca contra la cual han venido á estrellarse una tras otra todas las herejías, era también el gran móvil de Zuinglio.

42. El pontificado de Leon X, agitado con tantas discordias intestinas, se acabó al ruido de los armamentos de que cubría la Europa la ambicion de Carlos Quinto y de Francisco I. Ambos buscaban alianzas ofensivas y defensivas con otros soberanos. La posicion de Enrique VIII hacia importante su alianza á los príncipes rivales, que no omitieron medio para granjeársela. Francisco I tuvo con Enrique VIII la famosa entrevista del *campo del Paño de oro*, « en la cual, dice Bellay, testigo ocupar, los caballeros llevaban sobre sus espaldas sus bosques, » sus praderías, sus molinos. » Había pensado Francisco I con esta ruinosa magnificencia seducir á su vecino de Inglaterra. Pero Carlos Quinto, mas diestro ó mas venturoso que su rival, había predispuesto ya en su favor á Enrique VIII. Había

ido casi solo á visitarle á Douvres, prometió la tiara al cardenal Wolsey, favorito del monarca inglés, le pagó el primer tercio de una pension verdaderamente imperial que se comprometía á continuarle si le servía fielmente con su rey. El ambicioso ministro, que ya había recibido otra pension de la corte de Francia, no resistió á los argumentos llenos de elocuencia de Carlos Quinto y se decidió en su favor (1). La situacion de Leon X era muy difícil. La esperanza de libertar la Italia de las tropas francesas se combatía en su ánimo con el temor de verla caer toda entera en manos de Carlos Quinto, ya dueño de la Sicilia. Y en efecto, la Italia tenía que ser muy pronto teatro de la guerra. Lautrec, en nombre de Francisco I, vino á tomar posesion del Milanésado. Próspero Colonna y las tropas imperiales le atacaron, y la conflagracion fué general: Leon X solo vió el principio de esta : fué atacado de una calentura que lo robó á la admiracion del mundo y al amor de sus vasallos. Murió el 1.º de diciembre de 1521, de solos cuarenta y cuatro años de edad, habiendo reinado ocho años y nueve meses.

(1) Debemos, para descargo de nuestro deber, advertir al lector que no hay que tomar á la letra los juicios de los historiadores coetáneos, á quienes han seguido rutinariamente los posteriores, acerca de los móviles secretos de la conducta de los príncipes, así como de ciertos medios de que se valieron. Se diría que los tales hombres estaban con los mismos, en los mismos lugares, haciendo ellos mismos, ó viendo hacer lo que escriben. Todo esto no pasa de presunciones mas ó menos fundadas. Cada cual elogia á su príncipe y habla cuanto mal puede de su adversario. De aquí los juicios temerarios, las calumnias históricas, é infinidad de juicios falsos é inexactos. El lector solo ha de atender al *grano* de los hechos, echando fuera la *paja* de criticastros. (El Traductor.)